
CAPÍTULO VI.

CONCLUSION.

Hemos dicho que los Indios son un pueblo teológico. No basta con esto. También lo eran los Egipcios y los Judíos; los Germanos, hermanos de los Arios de la India, se distinguían igualmente por su carácter religioso. Pero en ninguna nación ha dominado el espíritu de religión como en la raza sanscrita: olvidó la tierra y no pensó más que en la salvación eterna, soñó como ideal de la felicidad el librarse para siempre del peso de la vida. Se ha acusado al cristianismo de un espiritualismo excesivo, y con razón; pero exceptuando los solitarios de la Tebaida y algunos monjes del Occidente, las poblaciones cristianas no tomaron nunca en serio el espiritualismo de su divino maestro. Los Indios realizaron, en lo posible, el espiritualismo más extravagante. Todas las manifestaciones de su vida lo revelan, incluso la filosofía que profesa el ateísmo y el budhismo que parece desconocer á Dios. Se ha buscado la explicación de los vicios que afean el pensamiento religioso y filosófico de la India, así como la causa de las miserias de su estado social, en la ignorancia de la noción de un Dios distinto del mundo. Esto es, en parte, cierto; pero no es, en nuestro concepto, el verdadero origen del mal. En mayor ó menor grado el panteísmo es un defecto de toda la antigüedad; sin embargo, solamente la India se ha extraviado en un espiritualismo desordenado. Los cristianos han adorado siempre un Dios creador; sin embargo, se ha desarrollado en su seno la misma tendencia al misticismo y al ascetismo; y si han salvado el escollo en que los Indios han trope-

zado, lo deben á la reacción de la raza germánica, raza guerrera, activa é inquieta. Es importante insistir en el defecto de la concepción religiosa que censuramos en la India, porque su destino manifiesta adonde conduce el espiritualismo trasportado á la vida real.

Empecemos por advertir que el espiritualismo que criticamos en la India no es la doctrina que distingue en el hombre el espíritu de la materia: es la concepción de la vida que busca su ideal en una existencia diferente de la que Dios ha dado al hombre, en una existencia libre de los lazos de la materia, completamente espiritual, en una inacción contemplativa ó pasiva, lo mismo da, y que supone esta existencia imaginaria en lo que llama otro mundo. Bajo este punto de vista la concepción cristiana de la vida futura es idéntica en el fondo con la concepción india, aún con el *nirvāna* tan conocido del budhismo. En el mundo cristiano esta falsa noción de la vida, que señalamos, apenas ha influido sobre la existencia real, y esto por una razón poderosa, cual es, que las poblaciones de origen europeo, únicas que hasta hoy profesan el cristianismo, no se cuidan mucho del otro mundo; encuentran su felicidad en vivir, es decir, en obrar, en desarrollar todas las fuerzas intelectuales y morales de que han sido dotadas por Dios; encuentran también su satisfacción en la actividad física, en la industria y en el comercio, en la explotación y transformación de la tierra, que es su morada. Si la sociedad cristiana se inclina exageradamente en algún sentido, no es seguramente hacia el olvido de la vida real á consecuencia de pensar en la vida imaginaria del otro mundo: el genio de las razas europeas, griegas, romanas, eslavas y germánicas, ha podido más que el dogma, por lo cual debemos dar gracias á la Providencia que dirige los destinos humanos; porque, si la concepción que el cristianismo se forma de la vida hubiera arraigado en nuestras ideas y en nuestros sentimientos, hubiera conducido á la Europa al estado en que vemos á la India.

Cuando un pueblo esencialmente religioso está bien imbuido en la creencia de que la vida de este mundo no es la vida verdadera, de que la existencia del alma unida al cuerpo es una existencia inferior que nos acerca á la naturaleza animal y nos aleja de la úni-

ca existencia verdadera, la vida espiritual, en este caso este pueblo no puede hacer nada mejor que olvidarse de la vida real para prepararse á la vida futura, y realizar desde luego, en lo posible, una existencia espiritual en este mundo, esperando la realizacion completa de su ideal en el otro. Sin embargo, el cuerpo, sus necesidades, sus instintos, se oponen enérgicamente á una existencia puramente espiritual; hay, pues, que combatir al cuerpo, destruirle, aniquilarle; es decir, que hay que luchar contra la vida tal como Dios la ha hecho, para reemplazarla por otra vida ficticia, imposible; porque, hágase lo que se quiera, el hombre no alcanza nunca á destruir la obra del Creador. Hémos aquí en pleno ascetismo, y camino del misticismo. Basta que un pueblo tome en serio estas creencias para que abandone la vida real, única verdadera, y para que caiga en las locuras del brahmanismo y en las no menores de los solitarios de la Tebaida. ¡Imagínese una sociedad que marche en pos del ideal de los monjes del desierto! Esta es la imágen de la India. Si los hombres pudieran destruir la obra de Dios, la concepcion brahmánica, lo mismo que la concepcion cristiana, hubieran conducido á la nada; lo cual hubiera sido, en efecto, el ideal del *nirvána* del buddhismo.

Ya se ve, pues, la importancia de la concepcion de la vida áun bajo el punto de vista de las relaciones sociales y políticas. Gracias á las tendencias de las razas europeas, la nocion de la vida, que se ha difundido, es completamente opuesta á la nocion cristiana. El cristianismo, en su indiferencia por la vida real, dice que su patria está en el cielo. ¿Es esta la conviccion que impulsa á los Ingleses, á los Americanos, á los Franceses, y áun al más espiritualista de los pueblos modernos, á los Alemanes? No hace falta contestar á una pregunta que parece una sátira. No entraremos aquí en una discusion teológica ó filosófica. La historia nos presenta los resultados de ambas doctrinas. La India, incesantemente preocupada con la salvacion eterna, ha olvidado la vida presente y se ha abismado en un misticismo, de que la casta sacerdotal ha sabido sacar excelente partido para asegurar su dominacion. Las naciones europeas han obedecido, sin saberlo, á un dogma nuevo, que nos enseña que el otro mundo no difiere esencialmente de este en que vivimos, que la vida futura es la continuacion de la vida

açtual, que el mejor medio de prepararnos á la vida futura es desarrollar en ésta todas nuestras facultades en la más rica armonía. Esta concepcion de la filosofía moderna nos defiende á la vez de los excesos del espiritualismo y de los del materialismo. La vida es infinita y progresiva, pero es una; nuestra existencia terrestre, por consiguiente, no es el término, sino un eslabon de una cadena sin fin: es tan santa como la vida futura, aunque ménos perfecta: la manera de llegar á merecer esta existencia más perfecta es perfeccionarnos en este mundo, y el perfeccionamiento implica el desarrollo del hombre por completo, en cuerpo y alma. Tal es el principio de nuestra civilizacion libre y progresiva.